Sesión 42ª extraordinaria en martes 18 de mayo de 1954

### Homenaje a la memoria del exsenador señor Marmaduke Grove Vallejo. (pág.2205)

El señor GONZALEZ (don Eugenio). - Señor Presidente;

Cuando todavía la emoción del hecho irreparable rechaza cualquiera tentativa de análisis y pone sordina doliente a las palabras de homenaje, no me sería dable intentar un esbozo de la personalidad y un balance de la trayectoria política de Marmaduke Grove. Para hacerlo con limpidez de justicia, será necesario que el tiempo, transcurriendo, arrastre hacia el olvido las efímeras miserias que perturban el criterio de los contemporáneos y realce, ante las generaciones del porvenir, los valores en que se expresó la autenticidad de los hombres consagrados al servicio de su pueblo. Entonces podrá apreciarse, por sobre toda reserva mezquina, lo que significaron en una etapa decisiva de nuestra evolución social, el noble corazón, la voluntad abnegada y valerosa, el desinterés ejemplar, y el idealismo militante de Marmaduke Grove.

Sin embargo, hay que decir de él alguna cosa, como anticipo del juicio perdurable que después otros harán y para que el fácil olvido de la generación joven —sobre todo entre quienes han seguido la ruta del socialismo que, más que muchos, contribuyó a abrir— no se convierta por frivolidad de una apreciación ligera en lamentable ingratitud. Hay que decirlo, desde luego: fue él quien tuvo el comprometedor privilegio de simbolizar a través de años, de duros años, la corriente de anhelos, de sentimientos y de ideas que, tras lenta maduración en la subconsciencia popular, emergió a partir del 4 de junio de 1932 en la superficie de nuestra sociedad como una fuerza nueva, sustentadora de un designio que, siendo trascendente, tenía que ser revolucionario: el Partido Socialista.

Marmaduke Grove junto a Eugenio Matte —otra gran figura inolvidable en la historia del Socialismo chileno— fue personero eminente de un poderoso anhelo social que aún no encuentra cauce adecuado en el sistema de nuestras instituciones. Desde 1925, ya el nombre de Marmaduke Grove aparece vinculado a severos propósitos de moralización de la vida política, a iniciativas de reforma encaminadas a la dignificación de nuestro pueblo. Fue él —en aquellos inquietos días de acelerados cambios en la estructura nacional— una personalidad relevante. Personalidad relevante era la suya, en verdad, porque entre los caracteres rutinarios y las mentalidades pacatas que suelen abundar en la escena política destacó, desde el primer momento, con nítidos contornos que la hicieron inconfundible.

Más tarde, durante el período de transición en que aún no se producía el correcto funcionamiento del nuevo mecanismo constitucional, campeó gallardamente por el respeto a las libertades individuales y a las garantías democráticas, sin escatimar el riesgo de su libertad y aun el de su vida, en románticas empresas que extendieron su influencia y su prestigio. Pero sólo más tarde, al terminar el régimen de autoridad por efecto de las presiones internas de una ciudadanía inconforme y las presiones externas de una crisis mundial, alcanzó su definitiva fisonomía la personalidad de Marmaduke Grove. Nunca había sido un político, en el usadero alcance del término, pero siempre había sido un patriota, en la amplia pureza del concepto. Ante la gravedad de la situación de Chile, el político y el patriota se confundieron en síntesis fecunda, produciendo el revolucionario.

Marmaduke Grove comprendió que sólo un cambio radical en la correlación de las fuerzas sociales, con sus consiguientes proyecciones en nuestra estructura económica y en la configuración del Estado, podría permitir la solución de los problemas que dramáticamente se planteaban a las masas de trabajadores y encaminar su esfuerzo colectivo hacia fines superiores de bienestar y de progreso. No vaciló en tomar su responsabilidad en esta gran tarea, renunciando a una carrera que amaba y en la que lo esperaban las más altas jerarquías, con absoluto desprecio de intereses y satisfacciones personales, pero con entusiasta adhesión al ideal en que veía la forma de convivencia del porvenir humano.

Desde aquella época, vivió dedicado a la organización del Partido Socialista, a la difusión del socialismo. Aunque había renunciado al servicio de las armas, donde alcanzó singulares distinciones, continuó siendo un soldado, un magnífico soldado, ahora al servicio del Partido en que veía el instrumento de la justicia social. Para él, la política nunca fue juego académico, ni ocasión de encumbramientos fáciles, ni equívoca pugna de vanidades personales, ni cobertura de sórdidos intereses: fue una milicia que, como tal, exigía de quienes a ella se consagraran renunciamiento al egoísmo, austera disciplina, sentido del deber, solidaridad y fervor en el esfuerzo común.

Y él prodigó todo eso, y mucho más, al recorrer nuestro país, en infatigable peregrinaje, dando vida al Partido Socialista, despertando conciencias aletargadas en el conformismo con la alentadora esperanza de tiempos de paz y de justicia, suscitando en los trabajadores el sentimiento de su propia dignidad y la convicción de que son ellos los responsables de su destino que habrá de confundirse, en el desarrollo de la acción socialista, con el destino de la patria. Obreros y campesinos lo seguían con instintiva confianza, con una especie de espontanea devoción filial. Incontables serán los que, en estos momentos, recuerden a quien llegó hasta sus vidas oscuras para darles una consigna de superación.

Por la sana conformación de su espíritu, no podía ser Marmaduke Grove un abstruso doctrinario, como tampoco su natural delicadeza le permitía ser un fútil demagogo. Hablaba a los trabajadores con sencillez de hombre, sin aspavientos, sin falsos trémolos en la voz, sin grandes frases, sin estudiadas posturas tribunicias. Les hablaba el claro lenguaje que fluye de adentro, del corazón abierto comprensivamente a la inquietud de los demás y de la experiencia de una vida rica. Por lo mismo, entre él y sus oyentes se establecía de inmediato un contacto anímico que daba a sus palabras íntima, prolongada resonancia. Es que decía la verdad, la verdad que todos sentían, la verdad que experimentaban en el fondo de su ser sufriente y en su diario trabajo: su verdad vital.

Había, además, su inmensa bondad, su honrado desinterés. La manera como actuó en circunstancias políticas decisivas había hecho de él un líder alrededor del cual se agrupaban masas enfervorizadas; no obstante, él jamás se sirvió de ellas para alcanzar ningún objetivo que implicara medro egoísta: por el contrario, su único propósito fue el de encauzarlas y educarlas dentro del Partido Socialista, elevándolas desde la sentimental adhesión a su persona a una objetiva conciencia de su poder y de su tarea. No necesito recordar aquí, como máximo ejemplo de su moral socialista, la renuncia que hizo de su candidatura a la Presidencia de la República para favorecer la unión de los partidos de avanzada y asegurar la victoria del pueblo en una jornada memorable de nuestra vida cívica.

La lucha por el socialismo fue para Marmaduke Grove la vocación de su vida. Revelada en la madurez de su edad, tuvo en él la plenitud de una pasión auténtica. No llegó Marmaduke Grove al socialismo a través de los libros, sino a través de la vida. De ahí que el socialismo jamás fue en él sólo fría doctrina: fue siempre algo vivo, transido de urgencias afectivas, impulso creador nacido de cordiales intuiciones, visionario anhelo arraigado en la comunión fraterna con el dolor humano. De ahí también que pusiera a su servicio lo mejor de sí mismo, con denuedo más firme que las injurias de los adversarios y las incomprensiones de los suyos, en una disposición indeclinable de genuino apostolado.

Rígido se halla, ahora, en su mortal descanso, el cuerpo de Marmaduke Grove, que nunca tuvo tregua bajo el acicate de su exigente voluntad de acción; acallada para siempre está la voz que fue estímulo y alivio de desamparados y rebeldes; yertas se extienden las manos que estrecharon tantas otras —manos de trabajadores— a lo largo de Chile, en las efusiones de una solidaridad combativa; y acaso sólo dormido vaya, en misterioso tránsito hacia ocultas formas del ser, el espíritu que animó tantas empresas de justicia, con generosidad y con honor. A él no llegarán las palabras conmovidas de sus viejos camaradas; tampoco los silencios reticentes de los enconos, las incomprensiones y las ingratitudes. Está, ahora, más allá de cualquiera intención humana, en la dignidad de su muerte. Pero hay seguramente, en todos los lugares de Chile, hombres y mujeres de nuestro pueblo vibrando en silencioso dolor ante su partida sin retorno. Para ellos, no existen las agrias rivalidades, las acomodaticias dialécticas, los pugnaces personalismos que hacen, a menudo, innoble la vida política: por segura intuición, ellos saben quiénes los han servido con valor, desinterés y lealtad, aunque pretendan negarlos incluso muchos que han recogido lo mejor de su siembra. Ellos —trabajadores de los campos, de las minas, de las ciudades— se anticipan, con sencillez de corazón, a la justicia histórica y mantienen en la viva continuidad de sus anónimos designios los elementos de las futuras reparaciones. Emocionadamente unido a ellos, quiero dejar junto al recuerdo de Marmaduke Grove, mi noble amigo y compañero de lejanas jornadas, unido a mis colegas de Partido, el tributo de nuestro respeto y de nuestro afecto.